

## “Viajeros espaciales”

Nawida Karimi, 19 años, Afganistán

Podría describirme como una mujer valiente, trabajadora y exitosa. A pesar de todos los problemas que he tenido en mi vida, puedo decir de mí misma que soy una persona con mucha suerte y preveo éxito en futuro.

El recuerdo más vivo de Afganistán está relacionado con el colegio, porque me gustaba estudiar. Creo que el estudio te da una gran libertad en la vida, te abre muchas puertas y te permite hacer lo que quieres y lo que deseas. Yo iba al colegio cada día con mis amigas, Wajma y Rogol. Éramos tres en el grupo. Nos encantaba estudiar. Sin embargo, cada una de nosotras tenía algún problema que no le permitía estudiar, cosa que sucede a muchas mujeres de Afganistán.

En mi caso y en el de otra de mis amigas, nos surgió una nueva situación: teníamos que casarnos. Ambas, mi amiga y yo, sabíamos quién sería nuestro futuro marido. Yo lo supe desde los 13. Al padre de la tercera amiga le gustaba que su hija estudiara. Supongo que él pensaba que no es una cosa de chicas.

Aún recuerdo que cuando era pequeña quería ser chico, en vez de chica. ¿Sabéis por qué? Muy simple: por los chicos tienen más libertad, ellos pueden elegir su vida y tomar decisiones, pueden estudiar. Y nosotras...las chicas, debíamos ilusionarnos con casarnos.

Hablábamos mucho con mis amigas, nos reímos mucho, soñábamos mucho... Soñábamos en huir de Afganistán e ir a algún país donde pudiéramos estudiar. Por supuesto, no pudimos hacerlo. Aunque por suerte pude estudiar hasta mi boda, hasta cumplir 17 años.

Actualmente, no estoy en contacto con mis amigas: Wajma se casó pronto, vive cerca de mi familia y Rogol fue con su marido a Irán.

En definitiva, me sentía feliz mientras estudiaba. Cada día aprendía algo nuevo y descubría un nuevo mundo... Además, podía conocer a nuevas personas, aunque nunca las había visto.

Pero me esperaba el matrimonio de conveniencia. Es una antigua costumbre de Afganistán cuando a las niñas “se le asignan” un novio. La familia decide con quien va a casarse el niño y la niña. Mi marido es un familiar lejano de mi padre y ellos insistían mucho en este matrimonio. Insistieron tanto que finalmente lo consiguieron y yo debía aceptar la boda. Intenté hablar con mis padres, les decía que me quería terminar el estudio y hacer la carrera de Medicina, no obstante, se negaron.

Mi abuelo defendía conmigo mis sueños y mi madre opinaba que era demasiado pronto para casarme y encontrar un novio, pero... Es una tradición, una norma tan fuerte en Afganistán que yo sola no podía ir contra ella. No podía defraudar a mi padre, por tanto, acepte el matrimonio.

Ahora tengo 19 años y tengo dos hijos. Y no permitiré a nadie decidir la vida de mis hijos. Ellos mismos van a decidir su futuro. Y tengo una cosa muy clara: ante todo tienen que estudiar para abrirse al conocimiento y poder defenderse por sí solos.

Vine embarazada a España con la familia de mi marido. De España sabía muy poco: el nombre del país y el club de fútbol más importante: el Barcelona. Creo que oí algo sobre las corridas de toros, pero fue cuando era muy pequeña.

Salí de Afganistán con dos sensaciones diferentes: la tristeza y la alegría. Me sentía muy triste y mal por dejar atrás mi familia, mis padres y hermanas. Ellos se quedaban en un país muy

peligroso. Por otro lado, subiendo al avión para Madrid, sentí alegría. Porque sabía que mis hijos, yo misma y mi familia íbamos a tener una vida con libertad, sin miedo e inseguridad. Estaba segura de que España era un país mejor que Afganistán, donde yo podría estudiar y trabajar. Aunque es verdad que no puedo abrazar a mis padres o a mis hermanas, puedo hablar con ellos por teléfono. Aun así, la vida en España es más fácil para mí.

En Afganistán, los talibanes no permiten a las chicas estudiar, entre muchas otras cosas, como tener una vida independiente de los hombres. Aquí las mujeres no tienen estos problemas. Ellas pueden estudiar, trabajar, ganar dinero y no preocuparse por lo que los demás piensan de ellas.

El momento más interesante vivido en España era cuando estuvimos en el aeropuerto de Madrid. La policía nos decía que podíamos salir, pero no les entendíamos. Nos repitieron muchas veces, pero nosotros no les entendíamos. Esa sensación que estar en un país donde no hablan tu idioma y tú no entiendes el suyo, era muy interesante. Es como estar en otro planeta. Ves a las personas, ves sus caras, oyes sus voces, pero no entiendes lo que te dicen. Somos viajeros espaciales.

Dentro de algunos años me veo a mi misma estudiando y trabajando. Ojalá sea en el campo de medicina, porque siempre soñaba con ser médica. Cuando iba al colegio, siempre buscaba información sobre la doctora Nafiseh. Ella era muy famosa en Afganistán, ayudaba a muchas mujeres y niños, salía en periódico y la tele. Se hizo muy importante para mí. Yo siempre buscaba revistas y programas dónde saliera ella. Cuando mis padres me dijeron que debía casarme, pensé que no tenía sentido pensar en la doctora Nafiseh e intentar ser como ella. Y así, tras casarme, dejó de ser mi referente.

Me gustaría acabar diciendo algunas palabras a las mujeres como yo, refugiadas y las que están lejos de sus padres, de sus familias:

Por un lado, intentad estudiar aprovechando de cada minuto de la vida. Porque poder estudiar es lo más importante en la vida. Aquí en España las mujeres pueden tener un futuro, puede estudiar y trabajar. Pueden elegir si quieren o no casarse. Pueden vivir por si solas. Aunque considero que es necesario tener estudios básicos. Si estáis esperando vuestros papeles, aprovechad cada momento y estudiad idioma.

Por otro parte, creo que es muy valioso estar en contacto con los padres, hermanos y hermanas. La gente como nosotros, los recién llegados y que está fuera de su cultura, de su idioma, de sus costumbres y tradiciones, deben estar juntos, apoyarse el uno al otro. Así saldremos adelante y más fuertes.